

porque los kaidjis son burlones y los kaiks traidores. Si saltais con fuerza, si no os colocais con ligereza bien en medio, estas lanchas terribles se vuelcan como si fueran una cáscara de nuez y vais á parar al fondo del Bósforo; dichosamente está el agua tan clara y tibia al mismo tiempo que los barqueros os pescan, por decirlo así, con suma facilidad y todo se reduce á haber tomado un baño un tanto ridículo y á tener que mudarse de ropa.

lik-bazar, el bazar de los pescados y de las frutas, uno de los principales y mejor surtidos mercados de Constantinopla. La muchedumbre circula por allí en todas direcciones, y sin un dragoman os costaría trabajo salir de aquel laberinto.

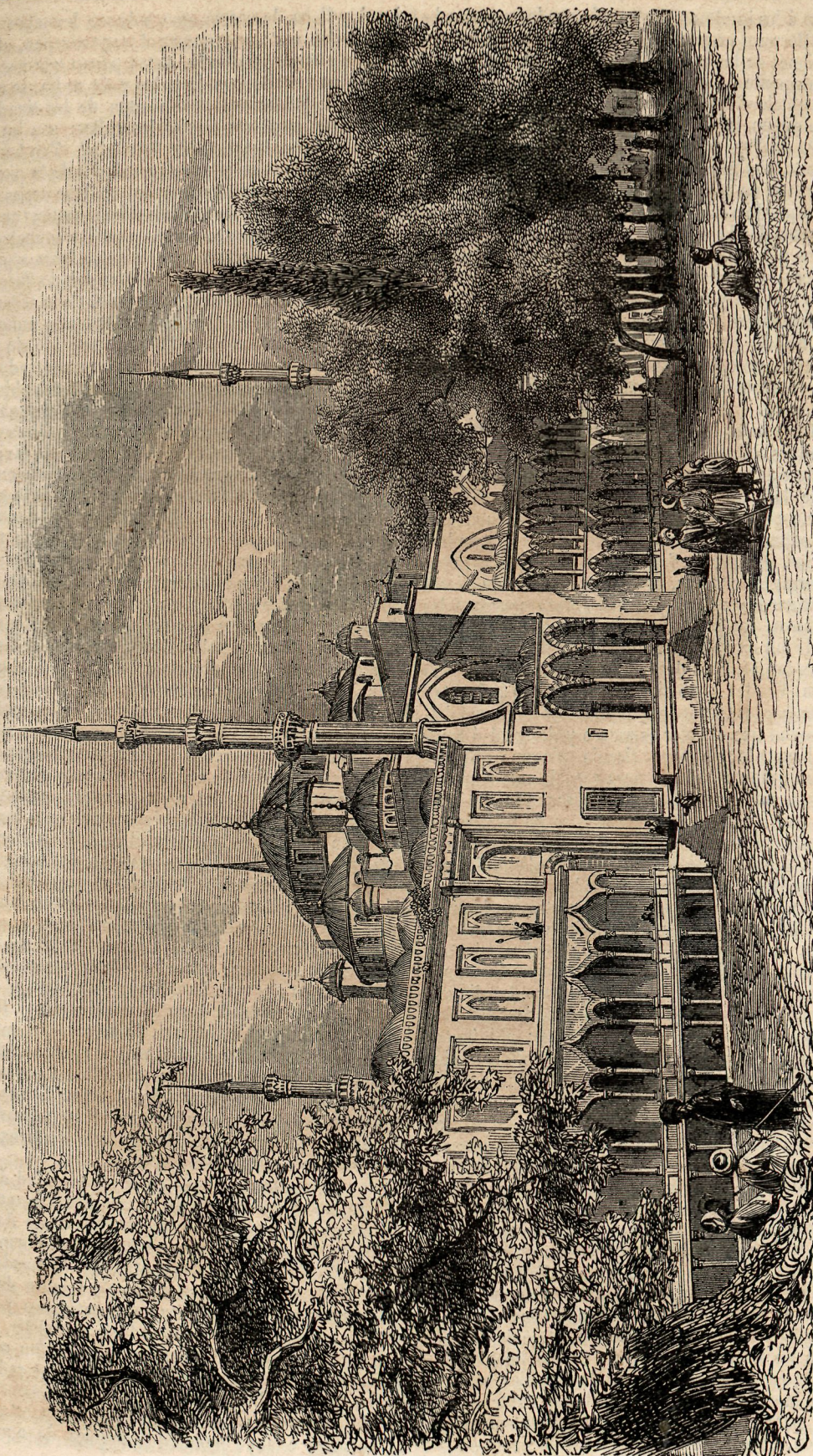
»Cierta dia pasaba yo muy preocupado, mirando mas bien las tiendas y los trages que el terreno por donde transitaba, cuando tropezé con el pie en un cuerpo tendido... Era el cadáver decapitado de un



Constantinopla: calle de Mohammed.

»Dos minutos bastan para atravesar el puerto, á pesar del gran número de kaiks que se cruzan y tropiezan á cada paso unos con otros. Gran cantidad de gaviotas blancas posadas sobre las lanchas, nadando sobre las aguas, ó revoloteando en los aires, animan con sus alegres chillidos aquel brillante paisaje. Al saltar en la orilla opuesta, arrojais por precio de vuestro pasage, media piastra (unos cuatro cuartos) al fondo de la lancha, bien vayais solo ó con mas pasageros. Lo mas frecuente es desembarcar en el muelle de Ba-

jóven armenio que, de católico, habiéndose hecho mahometano, con el objeto interesado de obtener un derecho reservado á los creyentes, habia abjurado de nuevo este culto por remordimientos de conciencia, para volver á la religion de sus padres. A despecho de los tratados con Francia, los ulemas, jueces y gefes de la religion, le hicieron cortar la cabeza, y su cuerpo, ignominiosamente arrojado en el arroyo, vestido aun con el traje francés, la cabeza colocada de una manera ridícula entre sus piernas, permaneció tres dias



Mezquita Ahmed en la gran plaza del Hipódromo, en Constantinopla.



espuesto á los insultos y destrozado por los perros salvajes. Horroroso espectáculo, que á pesar de las reclamaciones de los embajadores franceses, se renueva constantemente.

»Baghtché-Kapoussi, puerta por donde se pasa para entrar en la ciudad, está junto al patio de la mezquita de Yeni ó sultana Validé. Bella á la vez que pintoresca, sus fachadas, sus puertas y su patio interior merecen un sério exámen. Menos el santuario, un cristiano puede visitarlo todo libremente. Aquel patio es un bazar donde acampan á la sombra de los mas hermosos plátanos y al lado de saltadoras fuentes los mercaderes de perfumes y de rosarios. Delicioso lugar lleno de encanto y de poesía á donde se va continuamente á admirar y á buscar reposo. Pero caminemos aprisa; nos dirigimos al gran bazar, y nos falta hoy el tiempo para descubrir aquellas maravillas que aparecen á nuestra vista como cambios ópticos de una escena fantástica.

»Atravesamos la elevada y curiosa galería de tanta variedad de colores, donde se respira un perfume tan fuerte de clavo, de pimienta, de canela y de mil géneros de la India y del Egipto, que se experimenta allí cierta especie de embriaguez. La calle, cuya pendiente subimos, está llena de toda clase de tiendas, confiterías, pastelerías, fondas, adornadas de esculturas y hermosos cuadros, con sus cobertizos de hierro para mitigar los ardores del sol. Luego aparecen los quincalleros, los judíos, vendedores como en todas partes de mil cosas indescriptibles, torneros que preparan largos tubos de pipas en maderas de cerezo ó jazmin. Venden también esas boquillas de ámbar tan buscadas por los turcos, cuyos precios varían esencialmente según que el color es oscuro y desigual ó amarillo alimonado sin trasparencia ninguna. Si una boquilla de ámbar de la primera especie vale cincuenta francos, por ejemplo, una de la segunda de igual tamaño podrá apreciarla en quinientos un inteligente. Todos estos artesanos—mercaderes establecidos en sus tiendas abiertas, trabajan con lentitud distraídos por el movimiento de la calle y sentados muy á sus anchas unos con las piernas cruzadas y otros en blandos cogines. En este país donde se disfruta un clima tan hermoso, es muy dulce gozar de la sombra mientras que un sol abrasador prodiga por do quiera la animación y la fuerza; allí cuestan muy poco los ligeros trajes que por necesidad se gastan, y apenas los destrozan las intemperies de las estaciones; allí bastan para el alimento los frutos que sin gran trabajo produce la tierra; allí no existen las precauciones del fuego, de una habitación cómoda, ni de otras mil necesidades de los tristes y frios países del Norte; allí, en fin, algunas horas empleadas con moderación proporcionan mas de lo necesario. Aquel es un país en donde las cuestiones sociales se simplifican sobremanera, y por mejor decir no existen, encargándose la Providencia de resolverlas, por ser tarea imposible al hombre, á quien no le es dado hacer bonancible un cielo crudo, pródiga una tierra avara, é impedir fatales desigualdades, origen de tantos malos pensamientos y de tantas acciones culpables. Pero apartemos de nuestra imaginación estas tristes ideas del Occidente para volver á nuestros mercaderes de Constantinopla. Sus tiendas están levantadas cerca de dos pies sobre el nivel de la calle, de modo que el transeunte que se detiene para comprar se sienta negligentemente en el escalon. La calle sigue cuesta arriba siempre des-

sigual y llena de perros, que solo se levantan para morder al *ginour*, y perseguir el traje europeo, al que tienen un horror profundo. Estos perros que nacen y mueren en la calle, son de todos y de nadie, se mantienen con las basuras que vierten de las tiendas y sirven para mantener limpias las calles: son los empresarios de la limpieza de la ciudad. Tan horrible alimento produce en ellos enfermedades de la piel que les pone asquerosos. El extranjero no debe arriesgarse á salir de noche sin ir provisto de un baston grueso, cuya arma es suficiente, porque aquellos animales son cobardes á pesar de su número y de su feroz aspecto. Viviendo en tan vasta sociedad han debido formarse leyes que obedecen escrupulosamente. Cada tribu tiene su límite en la calle, el cual no traspasa nunca: si un jóven ignorante infringe la ley es acosado sin piedad por los demas, y nosotros hemos presenciado mas de una vez estos castigos que obligan al culpable extraviado de su domicilio legal, á arrojarle al agua, sin que se le permita siquiera volver atrás. Obsérvese, pues, que no han llegado aun á ese grado de civilización que les permitirá mas tarde sin duda vivir en comun y partir como hermanos los beneficios de la calle.

«Un perfume de rosa, de almizcle y de sándalo nos anuncia la intermediación del bazar, y no se tarda en penetrar bajo sus sombrías y frescas bóvedas: pasando desde la luz y el calor se experimenta un contraste algo brusco contra el cual es preciso prevenirse. El sitio mas interesante de aquel Dédalo, en el que las galerías se cruzan en todas direcciones es sin disputa el *besestín*, que es por decirlo así donde tienen su residencia los comisarios que hacen las ventas judiciales; las armas viejas, los muebles antiguos, y las antigüedades de todas clases se venden allí á pública subasta; y si el extranjero que permanece poco tiempo quiere formarse una idea de aquel movimiento pintoresco, todo oriental, necesita detenerse y sentarse en la tienda de uno de aquellos mercaderes, que ante todo se apresuran á ofrecerle la pipa y el café. El pintor ó el escritor emplearán útilmente un par de horas que pasen allí en observación. Todas las riquezas del Asia, del Africa y de Europa, todo el lujo y gusto tan peculiar de Oriente se hallan amontonados en aquellos bazares inmensos para incitar á los mas indiferentes.

«Parecía increíble, según las ideas generalmente acreditadas en Europa, hasta qué punto llega el sentimiento de la moralidad en el pueblo turco. Justo, honrado y caritativo es incapaz de un acto de improbidad. Si un mercader del bazar, por ejemplo, se aumenta á fin de ir á la mezquita, al baño ó á sus negocios, se contenta con poner delante de su tienda enteramente abierta, una simple cuerda para indicar que ha salido, y á pesar de esta tan grande confianza los robos son en extremo raros.

»Su convicción profunda en la superioridad de su religión, aquel sentimiento de respeto hácia la antigua tradición, que parece el carácter dominante de los orientales, les hace en verdad intolerantes con los cristianos, sobre todo en Constantinopla, en donde los sacerdotes viendo decaer su influencia á causa de las innovaciones que los gobernantes extraviados por el contacto europeo, tratan de introducir en su país, para su mejora, según unos, y para su ruina, según otros, innovaciones, la mayor parte por cierto que redundan en perjuicio del extranjero.

«Al ponerse el sol se cierran todas las puertas de los bazares, estando prohibidos después de aque-
la

hora el fuego y la luz por temor de los incendios. Por esta razon, los edificios sólidamente contruidos, son los únicos que están al abrigo de aquel azote que arrasa toda la ciudad incesantemente.

»Del bazar llegamos á la puerta de la mezquita de Bajazet II, situada en el ángulo de la gran plaza del *Seraskier* (gran visir), en donde durante los tres días del *Beyran* es el gran paseo de Constantinopla. Nada mas gracioso que el patio de aquella mezquita con sus hermosas columnas de mármol verde y rojo, sus elegantes puertas, su fuente, los árboles que la cubren, y sus nubes de palomas que, segun una fundacion del sultan, se alimentan alli con el grano que las mugeres y los niños al pasar sacan de un arca colocada á propósito en aquel sitio, y arrojan constantemente. Es hasta difícil abrirse paso entre aquella poblacion alada.

»Todas las mezquitas de Constantinopla y las *Turbé* ó tumbas que las rodean son del mayor interés, asi por los pormenores del arte como por la sensacion pintoresca que causa. Contentarémonos en este rápido paseo con visitar las tres mas interesantes. Pasando de la mezquita de Bajazet á las de *Mohammet*, de *Chah-Zadé* y del sultan Selin encontramos fuentes notables, cisternas, cafés y calles pintorescas; una de ellas, que conduce desde Mohammed á Selin nos ha parecido el tipo mas exacto de las calles de Stamboul. Atravesando el Hipódromo, en donde se eleva el obelisco de Constantino y en donde fueron destruidos los genizaros, doblamos la hermosa mezquita de seis minaretes del su'tan Ahmed. La vista de una de sus cuatro fachadas hará comprender al lector el estilo elegante de aquellos inmensos edificios, que cercan un vasto patio rodeado de murallas, adornado aun con fuentes y añejos plátanos. Una corta calle nos conduce á la plaza de Santa Sofia, frente á la gran puerta del *Serrallo*; una fuente, verdadera joya del arte persa, toda de porcelana y mármol, decora esta plaza; pero *Aya-Sophia*, la célebre Santa Sofia (sabiduria santa), atrae principalmente nuestras miradas. Su exterior flanqueado de contrafuertes y fuertes, que sostienen los muros y la cúpula, que amenazan desplomarse, es informe y no podria adivinarse debajo de aquel tosco exterior la verdadera ligereza aérea de aquella cúpula. Pero penetrando en lo interior conócese que su reputacion no es usurpada. Fundada por Constantino el Grande, Santa Sofia fué edificada completamente por los arquitectos Anthemises é Isidoro de Mileto en el reinado de Justiniano. Apóderase del viajero el respeto y el asombro al descubrir la estension de aquel templo sin igual; la vista se pierde antes de llegar á aquella cúpula de una elevacion fabulosa y que por un artificio admirable, parece mas bien estar suspendida como una lámpara en la bóveda del cielo, que descansar sobre la tierra como los edificios humanos. En efecto, apóyase solamente en secciones de cúpulas, una de las cuales corona el santuario, y las otras cubren galerias que comunican entre sí por medio de las que sostienen las dos naves á derecha é izquierda. Ocho gigantescas columnas de pórfido y otras noventa y dos de jaspe, de serpentina y diferentes marmoles preciosos sostienen aquel sistema aéreo de cúpulas. Veinte y cuatro ventanas, abiertas en derredor de la cúpula principal y que la destacan aun del edificio, dejan penetrar la luz y producen mas variados efectos que la abertura única que se ve en la cima de las rotondas de la antigua Roma. Detallar las

maravillas de los mosaicos, de los capiteles, de las galerias y de las naves exigiria demasiada estension diremos solo para reasumir el efecto que produce, que Santa Sofia es la obra mas grande del pensamiento religioso. Ningun monumento, ni San Pedro de Roma, ni la cúpula de Milan ó de Venecia, ningun templo de la Grecia, ni las mas hermosas catedrales góticas y del renacimiento pueden entrar en competencia. Este santuario, verdadera casa de Dios, como dice la Escritura, parecia construido asi para una como para otra religion con tal de que esta sea la expresion de la sabiduria. Los hombres de todos cultos, turcos ó cristianos, al entrar alli deben sentirse poseidos de la misma impresion de respeto y de temor, porque sus proporciones grandiosas no las alcanza la vista del hombre, pobre hormiga al lado de aquella montaña, conoce su inferioridad y piensa involuntariamente en la tan corta duracion de su fragil existencia.

»La mezquita de Soliman el Magnifico, mucho mas hermosa en lo exterior con sus patios, sus terrados, sus fuentes y sus corpulentos árboles, es, como todas las mezquitas de Constantinopla, una imitacion de la iglesia de Santa Sofia. Inferior asi por sus proporciones como por sus riquezas, difiere aun por la ornamentacion, que es de estilo árabe. Construido en la época de un verdadero renacimiento de las artes, la *Solimania* merece gran atencion, y despues de la catedral debe colocarse sin titubear sobre todas las demas. Su púlpito, sus vidrieras de piedras preciosas regalo de un shah de Persia, sus esculturas y sus bellas proporciones la constituyen un monumento notable.

»Los que, como hemos dicho al principio, solo viajan con el esclusivo objeto de decir: «yo he estado en tal punto,» se hallan de acuerdo admirablemente en afirmar que Constantinopla no tiene de hermosa mas que su posicion, y que debian de guardarse de entrar en la ciudad para no perder sus ilusiones; porque dicen, las calles son horribles, no hay ningun monumento aislado y solo el conjunto es digno de atencion. Es cierto que en *Galata* y en *Pera*, ese barrio franco, poblado de comerciantes existen pocos objetos de arte; pero en cuanto á *Scutari*, *Tophana* y *Stamboul* no dudamos en asegurar que pocas ciudades ofrecen tanto interés bajo todos aspectos.

»Pero dejemos esta discusion artistica y continuemos nuestra escursion. Como ahora se trata de echar una ojeada sobre los arrabales distantes, montaremos en los caballos que en todas las esquinas aguardan á los transeuntes cansados ó que tienen prisa y reemplazan á nuestros coches de alquiler, sustitucion indispensable en un país en que la circulacion de los carruages es casi imposible.

»Las calles que se alejan de la principal direccion del puente son tristes, inanimadas y de un aspecto casi igual en todas partes. Salimos de la ciudad por la puerta de Andrinópolis, y despues de haber lanzado una mirada sobre las triples murallas derruidas que defendian la ciudad por la parte del llano, y admirando el magnifico bosque de cipreses del gran cementerio otomano, bajamos al arrabal de *Eyoub* que cierra el puente de Constantinopla; floresta encantada, llena de misterio, de sombra, de frescura, de melancolia; lugar poético. Por las espaciosas y bien abiertas calles del arrabal de *Eyoub*, por los minaretes dorados y esplendentes cúpulas de sus mezquitas, por la magestuosa sombra del vasto cementerio en medio

del cual se eleva el templo mas venerado, la mezquita *Santa* por escelerancia, se reconoce perfectamente que aquel lugar es el sitio predilecto de los soberanos de la Gran Puerta. A aquella mezquita de *Eyoub*, en efecto, acuden los sultanes con gran pompa cinco ó seis dias despues de su advenimiento para hacer consagrar su derecho á la mencion especial. El *schéikg de los mewlewis*, ó dervises saltadores, le ciñe el sable de Osman con las ceremonias de costumbres en semejantes circunstancias.

»No podria suponerse nada mas hermoso, mas grande y mas pintoresco á la vez que aquel Eliseo colmado de árboles magníficos, de flores, de fuentes, de arroyos y de tumbas de todas formas y de infinitos colores, se ve un soberbio mausoleo de mármol blanco que sostiene una cúpula descubierta con verjas de hierro de la mas elegante arquitectura, á imitación del de *Validé sultan*, la madre gloriosa de Selim III.

»Hemos tomado la vista exterior de este cemente-



Constantinopla: tumba de la sultana Validé.

«La mezquita encierra las cenizas de *San Cyub* (el santo *Job*) compañero de armas de Osman. Este héroe sucumbió persiguiendo á los turcos: en el primer ataque que los hordas otomanas dirigieron contra Orzancio. Mahomet II, habiendo encontrado su cuerpo, le erigió aquella mezquita é hizo colocar en ella estas preciosas reliquias, que desde entonces han sido el objeto de la veneracion de los fieles creyentes.

rio lleno de flores y plantas, para dar un ejemplo de lujo y de la risueña poesia con que los musulmanes revestian la muerte, tan lúgubre entre nosotros. Cerca de este sitio se ve tambien la tumba de *Hussein-Pachá*, aquel esclavo georgiano que por su rara capacidad llegó á la dignidad de grande almirante. Una de esas fuentes turcas llamadas *zebir* está unida á aquel monumento por una piadosa fundacion del di-